

PRELUDIOS

Organo publicado mensualmente por los años superiores del
Instituto Nacional.

LUIS A. PONCE

DIRECTORES:

JORGE A. PRIETO

SUMARIO

LAFIESTA DEL "CLUB ARIEL".....	1
EL SUEÑO DE MELCHOR por Jorge A. Prieto.....	2
DON LUIS DE GONGORA por Gil Tapla.....	7
A MI PUEBLO NATAL (Poesía) por Antenor Quinza- da.....	10
COLON Y AMERICA (Poesía) por Antonio Guardia	10
GUTIERRE DE CETINA por A. Estéfano Tejada.....	11
NOTAS DIVERSAS.....	15

CONDICIONES

*La revista PRELUDIOS
hará conocer todo libro que
con tal fin se le dirija.—*

*Desea tener canjes con
otras revistas tanto nacio-
nales como extranjeras.*

*Estos canjes serán servi-
dos con toda rigurosidad.—*

*Acepta colaboración veni-
da de fuera solamente si
trata sobre Instrucción*

*Pública; y suplica encare-
cidamente a todos los Di-
rectores de escuelas se sir-
van remitirle noticias del*

*Ramo. Esta colaboración
ha de ser inédita.—Circu-
lará mensualmente.— La*

*suscripción trimestral a
esta revista valdrá B.0,50.*

*La correspondencia se di-
rigirá al Redactor interno,
señor Gil Tapia, Instituto
Nacional de Panamá.*

Panamá, 31 de Diciembre de 1916.

AÑO

I



PRELUDIOS

Organo publicado mensualmente por los años superiores del Instituto Nacional.

NUM.

8



LUIS A. PONCE

DIRECTORES:

JORGE A. PRIETO

La fiesta del "Glub Ariel"

Vuelve a entrar Ariel, y mientras ayuda a desnudar a Próspero, canta:

Cual abeja a los pétalos grupo
De dulce licor,
De la primula el cáliz ocupo
De los buhos oyendo el clamor,
El murciélago en hombros me lleva
En vuelo afanoso
Pasado el calor,
Y gozoso he de hacer vida nueva.
Gozoso, gozoso,
De rama colgante suspenso en la flor.

Shakespeare. La Tempestad. Acto V.

Eran las 3 p. m. del domingo 26 de los corrientes. El gimnasio del Instituto Nacional, artísticamente adornado, daba cabida a una selecta y numerosa concurrencia, entre la que figuraban altos representantes del Gobierno y multitud de semblantes femeniles, cuyas sonrisas y miradas hacían más simpático el acto. Eran las tres, decimos, cuando acompañado de «músicas de alas» invadió el salón un enjambre de mariposas que volaban tras una flor, descosas de libar en ella las dulzuras infinitas de su néctar.

Tras un largo revoloteo seguido de movimientos rítmicos, abandonó el salón el séquito alado de la rosa primorosa, que dejó el ambiente saturado de esencias paradisíacas, mientras el público aplaudía delirante.

No se hizo esperar el segundo número del programa, pues un grupo de gráciles querubines se presentó ante nuestros ojos, a modo de un desfile de hadas jóvenes. Los aplausos sorprendieron a las vírgenes, que abandonaron, ligeras, el gimnasio. Luégo, tras corto instante, una nueva invasión aparece en una como procesión misteriosa de luceros: son las poéticas y fragantes flores de la *Exposición*, son las institutrices bellas y hechiceras que el público ansiaba contemplar.

La bella y espiritual señorita Sixta Grimaldo las precede.

Diserta sobre los ejercicios que se proponen realizar sus alumnas en un discurso sencillo y delicado. La suavidad, la estética, el ritmo elegante, la fortaleza que exige la mujer, la disciplina, el orden,

la gracia, todo reunieron los ejercicios de las jóvenes normalistas, que merecieron con justicia la luchada copa. Con este número terminó el concurso de gimnastas, a satisfacción de todos y en especial a la nuestra, por lo que sería muy de desear que la fiesta se repitiera. Hemos también de felicitar a las señoritas que acompañaron con el piano los ejercicios; Valencia las hubiera confundido con:

La que robó al piano en las veladas frías
parejas voladoras de blancas armonías.

En la noche del 28, en el Aula Máxima del Instituto, ante una concurrencia desbordante, dio fin a sus festivales el «Club Ariel.» Llevaron la palabra varios miembros de dicho Club, a las que por mejor elogio basta decirles que forman parte de la aso-

ciación intelectual femenil más alta de Panamá.

Las concursantes victoriosas recibieron sus premios. El «Club Ariel» ha puesto muy en alto su nombre y muy asentada su reputación. Mil aplausos.

A nombre de la Revista PRELUDIOS y en el nuestro, les enviamos calurosas felicitaciones a la Normal de Señoritas, y a la Escuela Profesional por su triunfo en la lid del pensamiento y del orden. Recibid vosotras, bellas figulinas de mejillas de coral y de ojos radiantes, bien merecedores de un madrigal de Gutierre de Cetina, vosotras alumnas de la Escuela Normal, a quienes nos une como lazo indisoluble la profesión, el Magisterio, recibid el *ramillete* fragante de nuestro afecto.

Noviembre—1916.

El Sueño de Melchor



Para mi buena tía Faustina Eleta,
con todo mi cariño.

Mil novecientos diez y seis años atrás, tres hombres caminaban, meditabundos y silenciosos, por las abrasadas llanuras de la Anatolia, siguiendo paso a paso las misteriosas indicaciones de un guía sideral; vanían de Oriente, del Oriente lejano e ignoto, henchido el pecho de gozo, anhelantes de contemplar y adorar el in-

fante divino, anunciador de futuras redenciones.

Y estos hombres eran sabios, magos en la pérsica acepción de la palabra. Sus nombres eran Melchor, Gaspar y Baltasar.

Caminaban largos días hacía, ajenos al desaliento y al cansancio, bendiciendo los designios inescrutables de Dios, cuya voz

habían oído, clara y altisonante, desde sus hutas pastoriles, en la calma apacible de una tarde oriental; y esa voz altisonante y clara, a que rendían obediencia, les había anunciado el nacimiento del Verbo, esto es, su nacimiento al mundo terreno, porque en el principio era ya el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. (1)

Los magos pensaban, pensaban en la grandeza infinita, en la omnipotencia soberana del Creador del Universo; sus miradas se dirigían a lo alto, en tanto que de sus labios trémulos se escapaban, como místicas palomas de hierática blancura, murmurios de oración, leves cánticos de ignorados breviarios, armonías cadentes de salmodias nunca oídas.

¡Oh las inagotables bondades del Supremo Hacedor, que les mostraba el camino del pesebre galileo!

Allí ofrendarían al Hijo anunciado por la voz celestial, las primicias de sus almas condorosas y devotas.

Entretanto, guiados siempre por la luminosa vagabunda de los espacios, los tres sabios avanzaban, perdida la mirada en las lejanías infinitas del azur. De súbito, el más anciano de los tres, Melchor, cuya barba extendía la albura inviolada de sus hilos sobre el pecho de recia textura, rompió el silencio que envolvía los ámbitos serenos, y dijo:

—Hermanos, quisiera referiros un sueño que tuve anoche, terriblemente hermoso, cual si resultara de la unión imposible del

cielo con el reino tenebroso de Satán.

—Hacedlo, hermano —responde Baltasar— y que Dios os ilumine con su gracia omnipotente. Qué decís vos, hermano Gaspar?

—Que hable el hermano —contesta éste; sus palabras harán revivir en nuestras almas el fuego vivificante del divino amor, y tendrán el mágico poder de transportarnos, en el alférgo carro de su verbo inspirado, a regiones desconocidas de los hurmanos.

A lo que replicó Melchor: Grande gratitud os guardo, hermano Gaspar, por las palabras que acabáis de proferir, con que me habéis honrado sobremanera; mas una cosa permitidme que os diga, hermano, y es que no ensalcéis jamás las acciones de un mortal como habéis ensalzado mis palabras, por cuanto con ello en vez de bien podríais hacerle mal, y porque la vanidad impera soberana sobre el haz del planeta que pisamos.

—Empero, con vos, no creo, hermano, que acontezca eso que afirmáis —responde Gaspar; ¿no sois, por ventura, entre los escogidos del Señor, el más anciano, piadoso y venerable?

—Tiene razón el hermano Gaspar —añade Baltasar, interviniendo en la conversación— Mas reparad cómo avanza la noche sus alas invisibles de pecado y tentación; reparad en la hora, y roguemos fervorosos por los prójimos extraviados que ofenden en la sombra la divina Majestad.

Y aquellos sabios de lengua barba blanca, de ojos glaucos,

(1) Juan Evang. -I- 1.

taciturnos y tristes, cuyas miradas se posaban, indefinibles, en las alturas eternamente infinitas del azul, escucharon en silencio las palabras del hermano, y como si obedeciesen los mandatos de una única voluntad, fueron a acogerse bajo el follaje umbroso de una higuera exuberante, que crecía solitaria a la vera del sendero. Allí, en el silencio religioso de la tarde callada, ante la Naturaleza pensativa y dormida, que parecía invitarles al rezo y a la oración, entonaron los himnos entusiásticos de su fe, cuyas vibraciones, lentas y armónicas, se perdían en las ya casi invisibles lontananzas del paisaje.

El disco argentado de la sultana de las sombras recorría triunfalmente su camino ineluctable, inundando de luz la Naturaleza toda, cuando el sabio Melchor comenzó el relato del sueño prometido.

Y dijo: vi una urbe inmensa, emplazada en llanuras verdeguantes, bajo la apacible serenidad de un cielo eternamente azul; un río, muy sagrado y muy venerado por sus habitantes, rodaba la mansedumbre cristalina de sus aguas a través de la ciudad edénica, que partía en dos, hasta perderse en las blancas sonrisas de las olas glaucas del mar.

Era la ciudad de los placeres y riquezas: situada en el centro del Universo, a ella convergían todos los caminos, por que transitaban día y noche interminables caravanas de mercaderías, destinadas al lujo y comodidad de sus habitantes; de la gran urbe, en cambio, emanaba el supremo poder que regía los destinos de las demás ciudades del orbe, sometidas

todas a la pujanza de sus ejércitos.

—Y el nombre de esa urbe, hermano, cuál es? preguntó Gaspar.

—Lo ignoro, como también el del venturoso país en que tiene su asiento la ciudad de que os hablo.

—Proseguid, pues, hermano, y que Dios haga hablar por vuestra boca su santa sabiduría.

—Como os decía —prosiguió Melchor— todo era dicha y placer en la ciudad de mis sueños; todo respiraba felicidad y convidaba al amor en la plácida dulzura de un clima primaveral.

Mas ¡ay! estas mismas dulzuras, esas mismas grandezas a que antes aludía, degeneraron y corrompieron las costumbres y el espíritu de sus habitantes, y tanto, que la convirtieron en antro de desenfadadas orgías, en teatro de escenas sangrientas e increíbles, durante las cuales la sangre de víctimas plebeyas corría a torrentes desbordados.... Dios parecía haber abandonado a su suerte la ciudad hostil, cuyos templos aparecían plagados de divinidades fantásticas, a las que tributaba el culto de una idolatría repugnante y horrible.....

Una noche, sin embargo, una noche toda llena de tinieblas y de sombras, un anciano entró en el recinto de la ciudad maldita; yo vi marcado en la austeridad de su rostro tétrico, fugitivamente iluminado por la luz lívida de los relámpagos, el sello conmovedor de tristezas infinitas.....

—Pero ese hombre, hermano, de dónde venía, quién era? interrumpió Baltasar, presa de súbito terror, inspirado seguramente

por el fúnebre relato de Melchor.

- No me ha sido revelado el lugar de su procedencia, hermano; mas creed que era un sér divino, un enviado de Dios; y en efecto, aquel hombre era un santo que venía de muy lejos, enseñando a los hombres las palabras reveladas por el Dios verdadero; y el anciano predicó la mansedumbre y la esperanza, el amor y la piedad, a las corruptas muchedumbres de la urbe gigantesca; e iban todos a escuchar de sus labios los placeres sempiternos del Cielo prometido.

Poco tiempo después, a causa de esas mismas enseñanzas, fue perseguido, anatematizado y muerto el anciano solitario; pero las semillas sembradas germinaron y cubrieron con la exuberancia de sus frutos todo el haz del Universo.

-Y sabed, hermanos, que luégo oí en las alturas una voz prepotente y divina, que decía:

- "He ahí la obra del bien amado Hijo mío, en quien he puesto toda mi complacencia; bienaventurados los que acaten sus mandatos y enseñanzas, porque los que tal hagan me acatarán a Mí, y porque ellos disfrutarán eternamente de las delicias dulcísimas del Paraíso".

Así habló Melchor, el Mago pensativo, el de la luengua barba de inviolada albura, cuyos hilos se extendían sobre el pecho de recia contextura.

.....
 Aquella tarde el pueblo betlemita parecía presa de insólita agitación; grupos numerosos iban y venían como locos, con expresiones de alegría radiante los unos, de admiración y duda los más.

Rumorábase el nacimiento del Hijo de Dios, y se contaban al efecto historias fantásticas de seráficas apariciones, de anunciaciones increíbles.

En medio del gentío que invadía el pórtico del pesebre sagrado, cuna del Verbo hecho hombre, tres ancianos se abrían paso penosamente por entre la turba multa desbordada, lo que lograron tras largos y pacientes esfuerzos.

Pasaron luégo el umbral de la angosta puerta, atravesaron el patio espacioso, en ese entonces rebosante de gente, y entraron en una estancia pobre y lúgubrememente iluminada, en medio de la cual una mujer de angelical belleza sostenía en sus brazos un niño recién nacido, por cuyos labios, más tarde de ternura inagotable, flotaba, misteriosa e indefinible, la sonrisa redentora de las almas.

Y este niño era Jesús, el bien amado Hijo de Dios, el infante muchas veces prometido por las viejas profecías de Isaías y de Daniel.

La sonrisa redentora que flotaba indefinible por sus labios infantiles, preludiaba la epopeya sacrosanta de futuras bienandanzas.

Y los sabios de mi cuento doblaron la rodilla, reverentes y sumisos, ante la cándida majestad del infante celestial, al que ofrecieron, ya perfumes vagarosos de mística dulzura, ya destellos blondos de áureo metal.

.....
 Dos días después, al desaparecer con el moribundo Febo las últimas claridades diurnas, tres

ancianos oran con fervor, de rodillas, ante una encrucijada galilea; de sus rostros, venerables y adustos, se desprende uno como hálito de dulzura infinita y sobrehumana, en tanto que sus ojos, vueltos hacia las etéreas inmensidades de un cielo en sombras, cuasi negro, parecen impregnados de nostalgias dolorosas, de tristezas taciturnas y muy hondas. . . .

En ese instante, uno de los magos (porque eran ellos) levántose y dijo:

—Hermanos, la hora de la separación ha sonado; separémonos, y que cada cual siga la senda que a Dios plugo señalarle. Empero, no olvidemos jamás los días venturosos de nuestra amistad, pasados en su amor, y vivamos en santa unión con El por toda la eternidad.

—Bien decís, hermano, responde Baltasar— y sea ello así según vuestros deseos; pluguiese al Hijo Eterno del Eterno Padre velar en esta vida por nuestras almas pecadoras y míseras.

—Trazado está nuestro camino por el destino ineluctable —añade Gaspar;— sigámosle siempre, sin vacilaciones, que Dios nos espera

en el divino paraíso de las almas justas e inmaculadas.

Quedóse entonces pensativo por algunos instantes, para añadir luégo: Adiós, hermanos, y cúmplase en nosotros la divina voluntad. Y el sabio se alejó en medio del silencio de los hombres y de la absorta Naturaleza.

Pocos momentos después, Baltasar, el más joven de los magos, se puso en pie y dijo:

—Hermano, levantaos, porque el turno nuestro ha llegado; bendigamos una vez más la excelsa majestad de Dios, y separémonos en su nombre sacrosanto. Adios.

—Adiós, hermano, y que la madre siempre virgen os guíe e ilumine por la senda que escojáis.

Y el mago pensativo y dulce, el de las lenguas barbas de inviolada albura, quedó solo, solo ante la augusta inmensidad del paisaje; musitaron luégo sus labios una plegaria fervorosa, y se alejó despacio, muy despacio, bajo la urna en sombras de aquella noche galilea.

JORGE A. PRIETO.

Panamá, Diciembre 26 de 1916.



Don Luis de Góngora ⁽¹⁾

Saber que Luis de Góngora fue hijo de los nobles don Francisco de Argote y doña Leonor de Góngora; que nació en Córdoba a 11 de Junio de 1561; que a la edad de quince años pasó a Salamanca donde estudió Derecho y otras ciencias; que en Salamanca escribió la mayor parte de sus composiciones; que se distrajo durante sus estudios; que enfermó gravemente en 1593; que en 1617, por la influencia del duque de Lerma y del marqués de Siete Iglesias, fue nombrado capellán de honor de Felipe III; que en 1626, cuando acompañaba a Felipe IV al Reino de Aragón estuvo de muerte; y que a consecuencia de esta última enfermedad se retiró, perdida la memoria, a su pueblo natal donde murió el 24 de Mayo de 1627, es de bastante importancia por cuanto lo es el conocer los más nimios pasos de todo grande hombre. Pero más que en cualquiera otra cosa, el mérito de la prolija biografía de Góngora estriba en que por ella podemos descubrir cuáles fueron los motivos que le llevaron a ser «raro ingenio sin segundo», según la frase de Cervantes.

La vida de Góngora comprende dos períodos que contrastan: el primero es aquel en que escribe con encantadora sencillez y juicio mesurado, el segundo aquel en que escribe con artificiosa afectación, de manera que el lec-

tor comienza a dudar de la lucidez del autor. No hemos de seguir el orden cronológico de los acontecimientos, vamos a presentarlos de un modo distinto, propio para hacer, según nuestra humilde opinión, más simpático al amado poeta. (2)

España después de haberse extendido con Carlos V tanto que en sus estados no se ponía el Sol; con Felipe II tanto que en sus estados siempre se decía misa, comenzó a reducir paulatinamente el radio de su gobierno y poco a poco fue entrando en su seno la ola prematura que Isabel I arrojó de las costas ibéricas. Aquella literatura fuerte y robusta, propia del período augusto de las naciones, no tuvo ya el campo inmenso de los tiempos pasados; Cervantes había dado al mundo su *Quijote* y Lope de Vega obligado a los españoles a llamarle su Fénix: la literatura había llegado al punto culminante de su esplendor.

Es ley de la vida de las lenguas, cuando circunstancias particulares no lo impidan, la etapa del supremo momento, como también lo es el descenso de la cumbre, aquel período que se llama decadencia. El alma española escuchaba el eco de Sagunto, Numancia y Zaragoza; recordaba con nostalgia la salida de el

(1) Las obras citadas al terminar este somero estudio, son las que Fitzmaurice-Kelly menciona en su «Historia de la Literatura Española.»

(2) La obra sana y hermosa de Góngora, que le ha valido ser considerado por muy buenos críticos como el primer poeta español, no será tratada. La razón es haberlo considerado sin objeto cuando sabemos los insuperables juicios emitidos sobre ella.

Navegante y sentía la imponente de los tiempos que fueron. No eran los tiempos de la España dominadora de la mitad del orbe, eran días álgidos los que corrían para los hijos de Pelayo. Los cerebros de la Península no tuvieron sino pérdidas que lamentar; el corazón, en esas circunstancias, se alimentaba de recuerdos. Primero vivieron los españoles en España, después vivió España en los españoles.

Reducido el teatro de inspiración, los cantos de los españoles fueron subjetivos, fueron líricos. No existiendo novedad en los asuntos, el espíritu, ansioso de novedades, las buscó en la forma. Por eso se fundó la *escuela del mal gusto*, en cuyo seno hubo *conceptistas* como Baltasar Gracián, Alonso de Ledesma, Quevedo, Fuster y Bonilla, que se interesaban en hacer oscuro el lenguaje valiéndose de forzadas trasposiciones y del hipérbaton; *prosaístas* como el conde de Rebolledo, Antonio Enríquez Gómez, Alonso de Barros, etc. que escribían tan sencillo que el verso

guaje; propensión a las sentencias profusión en jugar el vocablo; alambicamiento o conceptuosidad de formas, y, como derivación y natural consecuencia de todo, bajeza y chocarrería en los epítetos, desleimiento de pensamiento, frialdad de apotegmas y amaneramiento».

Si vamos a juzgar por los versos de Lope:

Gente ciega, vulgar y que profana
Lo que llamó Patón culteranismo.

y por los eruditos estudios de Adolfo de Castro, tendremos que convenir en que Góngora fue el padre de esta secta, porque en los estudios de Castro está descartaada, con absoluto correcto juicio y conocimiento histórico de la evolución de las letras castellanas, la posibilidad de ser Virgilio Mavezzi, Saavedra Fajardo, Juan de Jáuregui, Mariana, Cervantes, Herrera y Luis Carrillo de Sotomayor, los autores de tal extravío.

Ahora cabe preguntarnos y responder dos cosas para justificar o condenar el culteranismo:

PRELUDIOS

9

Op. 10. No. 1. Francia sus albedos. Antonio de Salas. Escrito en 1845.

A MI PUEBLO NATAL

En el día 13 de Noviembre de 1916
con motivo de 95 aniversario de su emancipación.

Mentira, no eres del Istmo la escoria
¡Oh excelsa y sublime tierra mía!
Tú sacudiste el yugo que oprimía
Tu blasón, tus grandezas y tu gloria.
Has impuesto a los siglos tu memoria
Llevando la razón sólo por gufa,
Y al destronar la odiosa tiranía
Escribiste tu página de historia.
Al rudo golpe de tu fuerte mano
Derribaste la vieja servidumbre,
Y se humilló el orgullo del tirano
Al luchar con tu noble muchedumbre.
¡Tierra, sube al azul, sobre lo humano,
Que de la Gloria es tuya la alta Cumbre!

ANTENOR QUINZADA.

COLON Y AMERICA

Para mi amigo J. A. Prieto

Yo ví fundida en bronce la estatua de Colón.
Sumisa, de rodillas, ante sus pies estaba
La América cohibida, la América callada;
Desnudo el vientre, el seno, henchido el corazón.

Y con mirada austera de sabio satisfecho,
Colón le enseña alegre brillante porvenir;
E instándola que siga le enseña con los hechos,
La ruta ya trazada que debe proseguir.

Y la América escucha, la América medita,
Y ve en los anchos cielos con fuego y sangre escritas,
Palabras que no pudo entonces descifrar.

Faltaban los Danieles, los sabios adivinos,
Que recorrieran solos los áridos caminos,
Que la Hecatombe horrible vinieran a augurar.

ANTONIO GUARDIA.

Gutierre de Cetina

A Jorge A. Prieto, afectuosamente.

«El poeta no tiene más límites que los de su propósito, que consiste en la realización del pensamiento, ni reconoce más soberanía ni más necesidad que la idea, porque el arte procede de lo absoluto». *William Shakespeare*. —Victor Hugo.

Nació este esclarecido poeta en la bella capital andaluza, ciudad pródiga en ingenios que, cual iris inextinguible esparcen sus colores sobre los ciclos de la literatura clásica española. Vino al mundo Cetina, en Sevilla, la misma que nos dio a Baltasar del Alcázar, a Fernando de Herrera y al famoso Cantor de las flores.

Al rededor de la Giralda corrió su niñez y quizá su adolescencia el poeta de los madrigales; poco, por no decir nada, es lo que se sabe de su vida, sábese sí, que acompañó a Don Juan de Austria en las campañas de Italia y Alemania y que en la jornada de Túnez combatió a Barbarroja; de regreso a su patria hizo algunos viajes a Méjico donde dejó de existir por los años de 1560 coronado con los laureles de Marte y de Apolo.

Se distinguió entre los mejores cultivadores de la Escuela Italiana y su nombre brilla con lujo al

lado de los de Boscán y Garcilaso; sus formas favoritas, el madrigal y el soneto son el alto exponente de su personalidad literaria. En el primero es sin duda alguna donde más muestra Cetina su habilidad poética.

Según Fernando de Herrera sus sonetos carecen de espíritu y vigor, «dicen muchas cosas dulces pero sin fuerza». De igual manera se expresa Saavedra Fajardo cuando lo califica de «afectuoso y tierno, pero sin vigor ni nervio».

Atendiendo sólo al juicio de Herrera, pues que Fajardo no hizo más que seguir a éste, diremos que nada entraña que pueda herir la reputación del poeta. Basta leer cualquiera de sus sonetos para comprender que sólo un crítico tan perspicaz como Herrera pudo atribuirles estos defectos. Los sonetos de Cetina son elegantes y concisos tanto en la forma como en el fondo y

no creo yo que desmerezcan comparados con los de Boscán y Garcilaso. Veamos uno tomado al azar:

so donde la Delicadeza vierte gota a gota el líquido de su pebetero de oro; en él toma forma el suspiro y perfume el beso: en él

Anacreóntes diluyen los arpegios de sus lirás divinas en ambiente de rosas, y cual nuevos Orfeos conmueven la misma Naturaleza con sus cantos a Polimnia, que les brinda loca de amor, la miel de sus labios y su talle flexible y sus formas gráciles de musa hechicera.

Cetina es el alto exponente en esta última, como lo es Horacio en la latina y Petrarca en la italiana. Desgraciadamente sólo conocemos del famoso poeta sevillano cierta cantidad de sonetos, cuatro madrigales, una anacreóntica y algunas canciones y epístolas. Todo su acervo poético se caracteriza por la elegancia, la naturalidad, la sencillez y la precisión de estilo; sus sonetos criticables sólo por el poco vigor que les han querido atribuir, ostentan la métrica más perfecta y la expresión y elocución más acabadas. Su única anacreóntica figura entre las mejores de nuestra literatura: hela aquí:

De tus rubios cabellos.
Dórida ingrata mía,
Hizo el amor la cuerda
Para el arco homicida.
"Ahora verás si burlas
De mi poder," decía,
Y tomando una flecha,
Quiso a mí dirigirla.
Yo le dije: "Muchacho,
Arco y arpón retira;
Con esas nuevas armas,
Quién hay que te resista?"

Un poema de amor condensado en doce líneas, tal es en resumen la composición anterior: gracia, un pensamiento exquisito, único y grande, admirablemente burilado en una pequeña

plancha de mármol de Carrara. No hemos llegado aún a la cumbre del pedestal que sostiene incólume la efigie de Cetina; no hemos descubierto sino una parte de sus tesoros, veamos el olímpico madrigal «A unos ojos», diamantina lucubración de valor inestimable, más delicada que una mano de duquesa, más bello que una Venus Citerea, más seductor que una Hurí.

"Ojos claros, serenos.

Si de un dulce mirar sois alabados,
Por qué, si me miráis, miráis airados?
Si cuando más piadosos,

Más bellos parecéis a quien os mira.

No me miréis con ira,

Por que no parezáis menos hermosos.

¡Ay tormentos rabiosos!

Ojos claros serenos,

Yá que así me miráis, miradme al menos."

Habrá tinte de voluptuosidad tan bello como en estas líneas? No hay candor, inspiración, espontaneidad, sencillez, ambrosía, inocencia y amor? Habrá algo más en belleza como este madrigal que legítimamente lleva la firma del arte? Nada, no puede existir otra sonrisa como la que pintó Vinci, ni otro Moisés como el que esculpió Miguel Angel, ni otro madrigal como el de Gutierre de Cetina.

Homero es grande, alborado por la sangrienta *Iliada* y la luminosa *Odisea*; Cetina es igualmente grande en su pequeñez alborado por la suavidad y la elegancia de sus aquilatados madrigales. Unidos tenemos el Sol y la Luna, aquél brillante, grande, único en la inmensidad, el centro alrededor del cual gira el Universo; ésta melancólica, romántica, pálidamente bella, re-

tazo de corazón y de alma, la Luna es una lágrima del Creador condensada; aquel da vida a los campos, ésta a los corazones; ambos representan lo sublime.

¿Por qué he osado comparar a Homero que está ya canonizado en el altar de las humanas grandezas, con un profano como Cetina cuya única virtud consiste en haber ofrendado las puras esencias de su alma de poeta en aras de la Poesía?

La razón es obvia; el ruseñor no deja de encantar por que el águila exista, tienen entre sí la semejanza de la especie. El dia-

mante no eclipsa la perla; la montaña tiene en su cumbre cedros y robles corpulentos, y pájaros alegres que armonizan el ambiente y olores de resinas; el valle tiene lirios y camelias y perfumes de jazmines, y matices delicados de heliotropos nunca vistos y locas mariposas que se embriagan con el néctar de las flores. Homero he ahí la cumbre, Cetina he ahí el valle.

La cumbre y el valle, el Sol y la Luna, el diamante y la perla, Homero y Cetina.

A. BATISTA TEJADA.



NOTAS DIVERSAS

El 18 y el 30 del mes en curso, en el aula máxima del Instituto, los señores Samuel Lewis y Nicolás Victoria J., dictaron sendas conferencias. El tema del primero de estos ilustres hombres, desarrollado con la gallardía y competencia que caracterizan al señor Lewis, versó sobre una materia de trascendental importancia económica para Panamá. El señor Victoria, inteligente y esforzado mentor de la juventud, no pudo resistir la influencia de la diosa que ha llenado toda su vida: echó a andar por los atajos de la educación con frases amenas y rebosantes de enseñanzas.

Sin duda alguna, el Instituto siente orgullo al hacer públicos los hechos altamente honrosos que suceden en su seno, y lo único que lamenta muy de veras, es que en Panamá se dé tan poca importancia a la palabra de nuestros más ilustres ciudadanos. Cuando se alzan en són de conferencistas hombres como los aludidos, debemos sacudir la triste capa frívola de nuestra naturaleza y pensar en nuestro cometido social como seres racionales que somos.

En el concurso anual del Instituto, entre muchos otros trabajos pedagógicos excelentes, obtuvo el primer premio la obra didáctica de los señores Guillermo Méndez y Luis Tapia E., titulada *El auxiliar del maestro*.

La obra de estos señores, que es sin duda la mejor obra didáctica panameña, lleva un sinnúmero de lecciones escogidas y preparadas según los últimos procedimientos metodológicos. Al Magisterio le toca, por los méritos que la obra en cuestión merece, dar la acogida que se merece una iniciativa sana y un trabajo sistemático y tenaz.

* * *

El día 21 de Diciembre a las 4 p. m. se efectuó en el Instituto una fiestecita patriótica, en conmemoración del 112 aniversario del natalicio del ilustre istmeño General Tomás Herrera. Llevaron la palabra nuestros amigos Jorge A. Prieto y Rubén Darío Carles. Clausuró el acto nuestro estimado profesor de Castellano Dr. Octavio Méndez P. Nuestras felicitaciones al señor Rector, que tanto interés se toma por nuestras fechas clásicas, y a los oradores.

En una de las últimas sesiones celebradas por la Sociedad Minerva llevóse a efecto la elección de la nueva directiva; salieron electos los amigos A. Batista Tejada, Arcadio Aguilera y Manuel Celedín, Presidente, Vicepresidente y Secretario, respectivamente. Nuestro aplauso por tan selecta directiva.

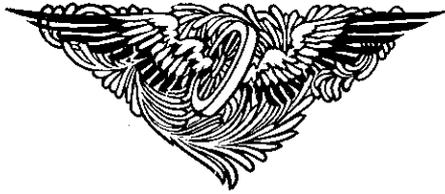
* * *

El lunes 25 recibieron sus premios, en el Aula Máxima, los agraciados en el último concurso anual del Instituto. Felicitamos

a los premiados y en especial a nuestro simpático Catedrático Dr. James Zetek y a nuestros amigos Guillermo Méndez P., Luis E. Tapia y Max Lemm, por los primeros premios que obtuvieron.

* * *

El IV Año Normal, en el último torneo de Basket Ball, quedó victorioso, por lo que mereció la Copa de plata, que le fue entregada con hermosas frases por el señor Secretario de Instrucción Pública. Felicitamos al año vencedor en tan «noble lid».



ADVERTENCIAS

Suponemos suscritos a nuestra Revista a todos aquellos a quienes se les envíe; pero si por cualquier motivo no lo tuviesen a bien, suplicámosles se sirvan darlo a conocer por escrito.

Las personas suscritas a esta Revista, deben dirigirse para los pagos a los corresponsales que a continuación se nombran:

Aguadulce: Sr. Manuel M. Tejada.

Colón: Sr. Eladio Grimaldo.

Las Tablas: Sr. J. M. Sifontes.

Chitré: Sr. Carlos E. Pedreschi.

Antón Sr. S. Ponce Aguilera.

Guararé Sr. E. Pérez Angulo.

Estos señores, enviarán los pagos al Administrador interno, señor A. Batista Tejada, Instituto Nacional.

